

Sra. Vicerrectora, estimados Profesores, queridos compañeros:

Antes que todo, debo agradecer a los amigos de la Organización, quienes han confiado en mí a la hora de pensar este breve momento de reflexión. Y ahora quisiera compartir con ustedes mi balance para con el Colegio, nuestra Casa de Estudios.

Estuvo claro desde el primer minuto, que aquella nueva etapa no iba a ser fácil ni cómoda. Siguiendo un mandato familiar y sin evaluar alternativas, con mis completamente inmaduros 12 años, fui embarcado en la titánica tarea de preparar aquel bravo ingreso. Fue un año durísimo, en el que aún niño y de golpe y porrazo, debí intentar comprender algo del mundo de los adultos. Sin tanta contención psicológica, aquella feroz y cruda competencia entre desconocidos pares adversarios fue la particular bienvenida con que nos recibió esta Institución. Procesos no del todo pedagógicos vistos desde una óptica actual junto con instancias de pre admisión, coloquios y otras yerbas fueron sorteados de a uno por vez en su debido momento. Pero esta carrera con obstáculos, bien lejos de finalizar, ahí recién comenzaba.

Porque luego, a lo largo de los años transitados como alumno, el tenor de las situaciones vividas y su dinámica de cotidianeidad fueron siempre del estilo. Hubo autoridades algo buenas, regulares y malas. Hubo profesores que no dieron la talla, otros que cumplieron y algunos, unos pocos, que la superaron con creces. También hubo compañeros y compañeras de ruta. Algunos en los que confié y me defraudaron. Pero sigue habiendo, aún hoy, amigos incondicionales. Y así fue, como la vida misma.

Creo que tenemos que agradecerle al Colegio la posibilidad que nos ha brindado en aquellos años fundacionales. Intensos tiempos de fogueo tanto a nivel académico como así también en lo personal. Hemos podido contar con las herramientas necesarias para alcanzar una sólida formación de base, aquella consabida cultura general.

Pero más allá de ésta, el aspecto que quiero destacar como distintivo es el de pertenecer a una casta de luchadores. La forja de este espíritu combativo, el aprender a no rendirnos frente a las adversidades, ya sean valederas o no justificadas. Tesón, perseverancia, rebeldía y determinación. Estoy convencido de no equivocarme cuando digo que esta es la real marca en el orillo que nos ha dejado el Colegio Nacional de Buenos Aires. Como hijo de ex alumno y padre de ex alumnos, lo sostengo. Ninguno de nosotros ni de los que alguna vez estuvieron por aquí la tuvo fácil. Nadie nos regaló nada. Hubo que pelear para poder estar, pertenecer y completar nuestro proceso. ¡Y vaya cómo!

Los tiempos siempre cambian, es su orden lógico y natural. El Colegio ha debido transitar profundas transformaciones en su adaptación. Con aciertos y errores, de la misma manera que nos ocurre a todos. Entiendo que la sumatoria de estas pequeñas historias individuales de cada uno de nosotros conforma la colectiva historia grande de esta Casa. Al decir de mi viejo, el Buenos Aires imprime carácter.

Muchas gracias.

Javier Cristián Díaz Legaspi

Tercera División – Promoción 1985

Octubre de 2015